

Andrea Camilleri

LOS CASOS DE MONTALBANO

- I -

Traducción del italiano de
María Antonia Menini Pagès



Andrea Camilleri nació en 1925 en Porto Empedocle, provincia de Agrigento, Sicilia, y actualmente vive en Roma, donde impartió clases en la Academia de Arte Dramático. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión. En 1994 crea el personaje de Salvo Montalbano, el entrañable comisario siciliano protagonista de una serie que en la actualidad consta de veintidós novelas. Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los más leídos de Europa. En 2013 fue galardonado con el IX Premio Pepe Carvalho.

Contenido

<i>Los primeros tres Montalbanos, por Andrea Camilleri</i>	7
La forma del agua.....	11
El perro de terracota.....	149
El ladrón de meriendas.....	393
<i>Notas del autor</i>	605

Los primeros tres Montalbanos, *por Andrea Camilleri*

Este volumen comprende mis primeras tres novelas con el comisario Salvo Montalbano como protagonista, publicadas entre 1994 y 1996.

Todo surgió a raíz de una novela «histórica» que había empezado a escribir en 1993 y que se editaría años después, *La ópera de Vigàta*. Mientras trabajaba en aquel libro me di cuenta de que mi forma particular de contar una historia era, por así decirlo, bastante desordenada.

Me explico: todo lo que había escrito hasta el momento había nacido de un fuerte impulso (el recuerdo de un hecho que me habían contado, un episodio histórico...), y siempre había comenzado a componer mis narraciones partiendo precisamente de esos impulsos, de esas ideas, que luego, una vez acabada la novela, no conformaban ni mucho menos el primer capítulo, sino que encontraban su lugar una vez que la trama estaba encauzada. Al final, el primer capítulo al que metía mano acababa siendo el quinto o el décimo, a saber.

Así fue como me hice una pregunta: ¿era capaz de escribir una novela empezando por el primer capítulo y siguiendo el hilo, sin saltos temporales ni lógicos, hasta el último? Me contesté que quizá lo sería si lograba adentrarme en una estructura narrativa lo bastante sólida.

Llegado a ese punto, me vino a la cabeza un texto de Leonardo Sciascia sobre la novela negra, sobre las reglas que debe respetar un

autor policíaco. Al mismo tiempo, recordé una afirmación de Italo Calvino, según el cual era imposible ambientar una novela negra en Sicilia. Y de ese modo decidí aceptar un doble reto: contra mí mismo y contra el iluso de Calvino.

De todas maneras, antes de poner negro sobre blanco reflexioné largamente sobre la elección del protagonista, del investigador.

Tenía ya mucha práctica con el relato policíaco, porque, en calidad de delegado de producción de la RAI, había sido, entre otras cosas, responsable de todo el Maigret televisivo y de una serie de Sheridan. Y también había dirigido otras producciones policíacas. Pero, por encima de todo, me había influido la manera que tenía el dramaturgo Diego Fabbri de adaptar a la pequeña pantalla las obras de Simenon: las desestructuraba como novelas y las reestructuraba como guiones para la televisión. Estar a su lado era como ir al taller de un relojero y verlo desmontar un reloj para volver a montarlo adaptándolo a una caja nueva, con otra forma.

Estoy convencido de que allí aprendí ese arte y, sin darme cuenta, lo guardé en un rincón. En consecuencia, mi investigador se perfiló enseguida no como un detective privado o un «husmeabraguetas», como los llaman los americanos, sino como un policía institucional, como un inspector o un comisario. ¿Por qué no un suboficial o un oficial de los *carabinieri*? Durante mucho tiempo estuve tentado de elegir como protagonista a un subteniente de ese cuerpo, puesto que precisamente uno había sido el investigador de mi primera novela, *El curso de las cosas*.

Al final me decidí por un comisario porque me pareció que estaba menos obligado a someterse a determinadas reglas de comportamiento de las que los miembros del cuerpo de *carabinieri* no pueden prescindir.

¿Qué rasgos característicos debía tener ese personaje? Tengo que confesar que los vi claros desde el principio: debía ser un hombre inteligente, fiel a su palabra, reacio a los heroísmos inútiles, culto, buen lector, que razonara con sosiego y que careciera de prejuicios. Un hombre al que se pudiera invitar tranquilamente a una cena familiar. Un hombre que «cuando quería entender una cosa, la entendía», como escribí ya en el primer libro.

Tenía pensados dos nombres: Cecè Collura y Salvo Montalbano, ambos muy comunes en Sicilia. Elegí ponerle Montalbano

en agradecimiento a Manuel Vázquez Montalbán, ya que su novela *El pianista* me había sugerido la estructura definitiva de *La ópera de Vigàta*.

Una vez que aclaré esas cosas, escribí mi primera obra policíaca ateniéndome a las reglas que me había impuesto (de hecho, el primer capítulo comienza al amanecer y así sucedería en todas las entregas posteriores). La editorial Sellarío la publicó en 1994 con una cubierta exquisita.

Tras haber superado con claridad el primer reto, el que me había puesto a mí mismo, y muy probablemente también el segundo, el de Calvino, mi impulso inmediato fue dejarlo ahí.

No le hice caso porque no estaba completamente satisfecho con cómo había quedado la figura del comisario. Tenía la impresión de que no lo había dibujado del todo, de que había antepuesto la labor de investigador, pasando por alto algunos aspectos de su carácter.

En resumen, me parecía que sólo lo había resuelto a medias. Y dejarlo a medias me molestaba mucho. Siempre intento concluir lo que empiezo.

Así pues, por una especie de escrúpulo artesanal, decidí escribir una segunda novela sobre aquel comisario y terminar mi breve carrera de escritor de género negro.

Creo que, ya desde las primeras líneas, hay algo que enseguida salta a la vista, una diferencia sustancial entre la primera novela y la segunda: en una, el amanecer lo ven dos basureros, mientras que en la otra lo ve Montalbano. Así sucedería en todas las novelas posteriores.

Cabe señalar que, a partir de la segunda entrega, todo lo que ocurre se ve a través de los ojos de Montalbano, tenemos siempre el punto de vista de una cámara subjetiva; es decir, no sucede nada ajeno a él: o lo ve o se lo cuentan. De ese modo, el lector siempre tiene en las manos las mismas cartas que el comisario.

Decidí que también la segunda novela debía centrarse en una investigación sui géneris: si el primer caso se basaba en esencia en un delito de imagen, el segundo iba a centrarse en la memoria, en un crimen sucedido muchísimos años antes y ya prescrito. Con la publicación de aquella segunda novela, *El perro de terracota*, en 1996, daba definitivamente por concluida mi incursión en el campo de la narrativa policíaca.

No obstante, y por motivos que aún hoy me resultan inexplicables, el personaje cosechó un gran éxito. Y no sólo eso: su éxito sirvió de acicate para mis obras anteriores, hasta el punto de que la editorial Sellerio tuvo que reeditarlas.

Empecé a recibir decenas, centenares de cartas que me invitaban, más o menos perentoriamente, a seguir escribiendo sobre Salvo Montalbano. También es cierto que el personaje no necesitaba el respaldo de los lectores para hincharme las narices constantemente. Empezó a aparecerse incluso cuando menos convenía, apremiante. Había leído que determinados autores decían estar obsesionados con algunos de sus personajes y lo había achacado a una afectación literaria.

Sin embargo, constaté que aquello podía suceder de verdad.

Acabé en la absurda tesitura de sólo poder pensar en una novela «histórica» con la condición de pensar al mismo tiempo en un nuevo caso de Montalbano. De otro modo no podía seguir adelante.

Y así me vi «obligado» a escribir, y además con cierta urgencia, la tercera novela, *El ladrón de meriendas*, en la que favorecí un aspecto del comisario completamente personal.

Una vez más, me hice ilusiones de haber puesto punto final. La verdad es que no me apetecía ser escritor de novela negra, y menos de una serie con un mismo personaje.

Sin embargo, fue como echar gasolina al fuego.

ANDREA CAMILLERI

LA FORMA DEL AGUA

Uno

La luz del amanecer no penetraba en el patio de la Splendor, la empresa adjudicataria de la limpieza urbana de Vigàta. Unas densas y grises nubes cubrían enteramente el cielo, como si alguien hubiera tendido un toldo de color gris de una cornisa a otra. No se movía ni una sola hoja. El siroco tardaba en despertarse de su plúmbeo sueño, y el simple hecho de intercambiar unas palabras producía cansancio. Antes de repartir las tareas, el jefe anunció que, aquel día y los siguientes, Peppe Schèmmari y Caluzzo Brucculeri estarían ausentes por motivos justificados. Unos motivos más que justificados: ambos habían sido detenidos la víspera cuando intentaban robar a mano armada en un supermercado. Los puestos que habían dejado vacantes Peppe y Caluzzo fueron asignados a Pino Catalano y Saro Montaperto, unos jóvenes arquitectos técnicos debidamente desempleados como arquitectos técnicos. Ambos habían sido contratados en calidad de «agentes ecológicos» eventuales gracias a la generosa intervención del honorable Cusumano, a cuya campaña electoral se habían entregado en cuerpo y alma (exactamente en este orden: el cuerpo hizo mucho más de lo que el alma estaba dispuesta a hacer). Concretamente se les había asignado el sector del aprisco, llamado así porque, al parecer, en tiempos inmemoriales un pastor lo había utilizado para sus cabras. Se trataba de una ancha franja de bosque bajo mediterráneo a las afueras del pueblo, que se extendía casi hasta el pilón y detrás de la cual se levantaban las ruinas de una gran fábrica de productos químicos. Esta fábrica había

sido inaugurada por el omnipresente honorable Cusumano cuando el viento soplaba a favor de las fabulosas y crecientes fortunas; pero, después, el «vientecillo» se transformó en una ligera brisa hasta que finalmente cesó del todo, no sin antes haber provocado más daños que un tornado y dejado a su espalda una estela de parados y acogidos al fondo de garantía salarial. Para evitar que las multitudes de negros y no tan negros que recorrían el pueblo —senegaleses, argelinos, tunecinos y libios— anidaran en aquella fábrica, se había construido un muro a su alrededor. Un muro por encima del cual asomaban todavía las estructuras corroídas por la intemperie, la desidia y la sal marina, cada vez más parecidas a la arquitectura de un Gaudí bajo los efectos de los alucinógenos.

Hasta hacía muy poco tiempo, para los que entonces se conocían por el poco elegante nombre de «basureros», el aprisco había sido una zona de trabajo extremadamente descansado: entre hojas de papel, bolsas de plástico, latas de cerveza y de coca-cola y cagadas mal enterradas o dejadas al aire, asomaba de vez en cuando un preservativo usado. Alguien con ganas y fantasía hubiera podido pararse a imaginar los detalles del encuentro. Pero, de un año a esta parte, los preservativos se habían convertido en un mar, una alfombra, desde que un ministro de rostro oscuro e impenetrable, digno de una clasificación lombrosiana, extrajera de su cabeza, todavía más oscura e impenetrable que su rostro, una idea para solucionar los problemas de orden público del sur. Dicha idea se la había comunicado a un compañero suyo con cargo en el Ejército y que casi parecía sacado de una ilustración de *Pinocho*. Ambos decidieron enviar a Sicilia unos cuantos contingentes militares destinados a «controlar el territorio» y aliviar la tarea de los carabinieri, policías, servicios de información, núcleos operativos especiales, Policía Judicial, agentes de tráfico, vigilancia ferroviaria y portuaria, miembros de la Jefatura Superior de Policía, grupos antimafia, antiterrorismo, antidroga, antirrobo, antisequestro y de muchos otros, omitidos para abreviar, que realizan tareas muy diversas. Gracias a la ocurrencia de los dos eminentes estadistas, un grupo de niños piamonteses e imberbes friulanos de reemplazo que hasta entonces se habían deleitado respirando el aire puro y punzante de sus montañas, de la noche a la mañana se habían visto resollando afanosamente y viviendo en alojamientos provisionales en unos pueblos que

se encontraban poco más o menos a un metro de altura sobre el nivel del mar, entre gente que hablaba un dialecto incomprensible, a base de silencios más que de palabras, y que se expresaba con movimientos de cejas indescifrables y fruncimientos imperceptibles. Se habían adaptado lo mejor que habían podido, gracias a su juventud y a la mano que les habían echado los propios vigateses, conmovidos por el aspecto desvalido y desarraigado de aquellos mozos forasteros. Pero quien de verdad se había encargado de suavizar la dureza de su exilio había sido Gegè Gullotta, un hombre de ingenio desbordante, obligado hasta aquel momento a reprimir sus naturales dotes de rufián bajo el disfraz de pequeño camello. Tras enterarse, tanto por medio de artimañas como por vías ministeriales, de la inminente llegada de los soldados, Gegè había tenido una idea genial, y, para ponerla en práctica, había recurrido de inmediato a la persona adecuada para obtener los innumerables, complicados e indispensables permisos. Esta persona era la que realmente controlaba el territorio, y por su cabeza no pasaba, ni de lejos, la posibilidad de expedir licencias en papel timbrado. En resumen, Gegè pudo inaugurar en el aprisco su mercado especializado en carne fresca y en una amplia variedad de drogas blandas. La carne fresca procedía en buena parte de los países del Este, liberados del yugo comunista, el cual, como es bien sabido, negaba toda dignidad a las personas. Ahora, entre los matorrales y el arenal del aprisco, la reconquistada dignidad volvía a brillar de noche en su máximo esplendor. Pero tampoco faltaban mujeres del Tercer Mundo, travestis, transexuales, mariconzuelos napolitanos y *viados* brasileños. Los había para todos los gustos —un auténtico derroche, una orgía—, y el comercio prosperó para gran satisfacción de los militares, de Gegè y de la persona que le había concedido los permisos a cambio de unos justos porcentajes.

Pino y Saro se encaminaron a su puesto de trabajo empujando cada uno su carrito. Para llegar al aprisco se tardaba media hora caminando despacio, como ellos estaban haciendo. Se pasaron el primer cuarto de hora sin decir nada, ya sudados y pegajosos. Después, Saro rompió el silencio.

—Ese Pecorilla es un cabrón —proclamó.

—Un grandísimo cabrón —confirmó Pino.

Pecorilla era el jefe que se encargaba del reparto de los lugares que había que limpiar, y era evidente que odiaba con toda su alma a cualquiera que tuviera estudios, él, que a los cuarenta años sólo había conseguido aprobar el tercer curso de enseñanza primaria, y eso gracias a que Cusumano le había puesto las peras a cuarto al maestro. De ahí que siempre se las arreglara para que el trabajo más humillante y difícil recayera sobre los tres diplomados que tenía a sus órdenes. En efecto, aquella misma mañana había encargado a Ciccu Loreto el tramo del muelle del que zarpaba el barco correo rumbo a la isla de Lampedusa. Lo que significaba que Ciccu, contable de profesión, se vería obligado a contar con las toneladas de basura que las manadas de ruidosos turistas —eso sí, multilingües—, hermanados por un total desprecio por la higiene personal y pública, dejaban tras de sí los sábados y los domingos mientras esperaban a embarcar. Pino y Saro también encontrarían en el aprisco un desastre parecido después de dos días de permiso de los militares.

Al llegar al cruce de via Lincoln con viale Kennedy (en Vigàta había también un patio Eisenhower y un callejón Roosevelt), Saro se detuvo.

—Paso un momento por casa para ver cómo está mi crío —le dijo a su amigo—. Espérame, será sólo un minuto.

Sin aguardar la respuesta de Pino, Saro cruzó el portal de uno de aquellos rascacielos enanos de doce pisos como máximo, construidos aproximadamente en la misma época que la fábrica de productos químicos y devastados tan prematuramente como ésta, pero no abandonados. A los viajeros que llegaban por mar, Vigàta se les presentaba como una caricatura de Manhattan a escala reducida: de ahí, quizá, los nombres de esas calles.

Nenè, el crío, permanecía en vela. Por la noche dormía como mucho dos horas, y el resto del tiempo se lo pasaba con los ojos abiertos y sin llorar. ¿Dónde se había visto un chiquillo que no llorara nunca? Día tras día, lo consumía un extraño mal, sin remedio conocido, que los médicos de Vigàta eran incapaces de curar. Tendrían que haberlo llevado a un buen especialista de fuera, pero era muy caro. En cuanto sus ojos se cruzaron con los de su padre, Nenè se puso de mal humor y en su frente se dibujó una arruga.

No sabía hablar, pero con aquel mudo reproche mortificaba a quien consideraba responsable de su situación.

—Está un poquito mejor, le está bajando la fiebre —le dijo Tana, su mujer, sólo para no disgustarlo.

El cielo se había despejado y ahora lucía un sol capaz de partir las piedras. Saro ya había vaciado diez veces su carretilla en el vertedero, abierto por iniciativa privada donde antaño se encontraba la salida posterior de la fábrica, y tenía la espalda hecha polvo. Al llegar a un tiro de piedra del sendero que bordeaba el muro de protección y que daba acceso a la carretera provincial, vio en el suelo algo que despedía un intenso brillo. Se agachó para verlo mejor. Era un colgante enorme en forma de corazón, cuajado de diamantes y con un brillante tremendo en el centro, que aún pendía de una cadena de oro macizo, rota en un eslabón. Su mano derecha salió disparada, se apoderó del collar y lo introdujo en su bolsillo. Saro tuvo la sensación de que la mano había actuado por su cuenta y riesgo, sin que el cerebro, todavía atontado por la sorpresa, le hubiera dicho nada. Se incorporó chorreando sudor y miró a su alrededor, pero no había ni un alma.

Pino, que había elegido el trozo de aprisco más cercano al arenal, de repente reparó en el morro de un coche que, a unos veinte metros de distancia, asomaba por un matorral más denso que los demás. Se detuvo perplejo; no era posible que alguien se hubiera demorado hasta aquella hora, las siete de la mañana, para follar con una puta. Se acercó cautelosamente, avanzando de puntillas y casi doblado por la mitad. Al llegar a la altura de los faros delanteros, enderezó de golpe la espalda. No ocurrió nada, nadie le dijo que se metiera en sus asuntos; el coche parecía estar vacío. Se acercó un poco más. En el asiento del copiloto vio la borrosa silueta de un hombre inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás. Tenía aspecto de estar profundamente dormido, pero a Pino había algo que no le cuadraba. Se volvió y empezó a dar voces, llamando a Saro. Éste llegó echando los bofes, con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? ¿Qué coño quieres? ¿Qué mosca te ha picado?

Pino percibió en las preguntas de su amigo cierta agresividad, pero lo atribuyó a la carrera que se había pegado para reunirse con él.

—Fíjate en eso.

Armándose de valor, Pino se acercó al lado del conductor e intentó abrir la portezuela sin conseguirlo, pues el coche tenía puesto el seguro. Con la ayuda de Saro, que ahora ya parecía un poco más tranquilo, trató de alcanzar la otra puerta, contra la cual se apoyaba parte del cuerpo del hombre, pero no pudo porque el coche, un impresionante BMW de color verde, estaba tan pegado al seto que no permitía que nadie se acercara por aquel lado. Sin embargo, asomándose y arañándose la piel con las zarzas, lograron ver el rostro del hombre. No dormía, tenía los ojos abiertos e inmóviles. Al darse cuenta de que la había palmado, Pino y Saro se quedaron helados del susto: no por la contemplación de la muerte, sino porque habían reconocido al muerto.

—Es como si estuviera en una sauna —dijo Saro, corriendo por la carretera provincial hacia una cabina telefónica—. Un chorro frío y un chorro caliente.

Una vez superada la parálisis inicial al reconocer la identidad del muerto, ambos se pusieron de acuerdo: antes de informar a los representantes de la ley, tenían que hacer otra llamada. Se sabían de memoria el número del honorable Cusumano, y Saro lo marcó, pero en el último momento Pino no permitió que diera ni un solo tono.

—Cuelga ahora mismo —dijo.

Saro lo hizo en una especie de acción refleja.

—¿No quieres que le avisemos?

—Vamos a meditarlo un momento, hay que pensarlo muy bien, el caso es serio. Mira, tanto tú como yo sabemos que el honorable es una marioneta.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que es una marioneta en manos del ingeniero Luparello, quien realmente es, mejor dicho, era el que importaba. Muerto Luparello, Cusumano no es nadie; es una pura mierda.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces nada.

Se encaminaron hacia Vigàta, pero, a los pocos pasos, Pino detuvo a Saro.

—Rizzo —dijo.

—Yo a ese no lo llamo, me da miedo, no lo conozco.

—Yo tampoco, pero lo llamaré de todos modos.

Pino consiguió el número a través del servicio de información. Eran casi las ocho menos cuarto, pero Rizzo contestó al primer tono.

—¿El abogado Rizzo?

—Sí, soy yo.

—Perdone que lo moleste a estas horas, señor abogado... Hemos encontrado al ingeniero Luparello... creemos que está muerto.

Hubo una pausa. Luego, Rizzo habló.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí?

Pino se sorprendió. Esperaba cualquier cosa menos aquella respuesta.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso no es usted... su mejor amigo? Nos hemos sentido en la obligación...

—Se lo agradezco. Pero ante todo es necesario que cumplan ustedes con su deber. Buenos días.

Saro había escuchado la conversación con la mejilla pegada a la de Pino. Ambos se miraron, perplejos. Era como si le hubieran dicho a Rizzo que habían encontrado un cadáver anónimo.

—Pero ¿qué coño es esto? Era amigo suyo, ¿no? —dijo repentinamente Saro.

—Vete tú a saber. A lo mejor, últimamente estaban peleados —replicó Pino.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Vamos a cumplir con nuestro deber, como ha dicho el abogado —contestó Pino.

Se dirigieron a la comisaría del pueblo. La idea de acudir a los carabinieri ni se les pasó por la antesala del cerebro, pues los mandaba un teniente milanés. En cambio, el comisario era de Catania, se llamaba Salvo Montalbano y, cuando quería entender una cosa, la entendía.

Dos

—Otra vez.

—No —dijo Livia, sin dejar de mirarlo, con los ojos iluminados por la tensión amorosa.

—Por favor.

—No, he dicho que no.

«Me gusta que me fuercen un poquito», recordó que ella le había susurrado una vez al oído; entonces, presa de la excitación, trató de introducirle una rodilla entre los apretados muslos mientras le sujetaba fuertemente las muñecas y le abría los brazos como si estuviera crucificada.

Se miraron un momento con afanosa respiración y ella cedió de repente.

—Sí —dijo—. Sí. Ahora.

Justo en aquel momento, sonó el teléfono. Sin abrir tan siquiera los ojos, Montalbano alargó un brazo, pero no para coger el aparato, sino más bien para asir los bordes fluctuantes del sueño, que se estaba desvaneciendo inexorablemente.

—¡Diga!

Estaba furioso con el inoportuno comunicante.

—Señor comisario, tenemos un cliente.

Reconoció la voz del sargento Fazio. El otro de igual graduación, Tortorella, aún estaba en el hospital por una grave herida en el vientre causada por la bala que le había disparado uno que quería hacerse pasar por mafioso, pero que, en realidad, era un cabrón de

tres al cuarto. En su jerga, un cliente significaba un muerto del que tenían que encargarse.

—¿Quién es?

—Aún no lo sabemos.

—¿Cómo lo han matado?

—No lo sabemos. Es más, ni siquiera sabemos si lo han matado.

—No lo entiendo, sargento. ¿Me despiertas sin saber aún una triste mierda?

Respiró hondo para que se le pasara aquel enfado, que el otro aguantaba con más paciencia que un santo.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Dos basureros en el aprisco, en el interior de un coche.

—Voy enseguida. Entretanto, llama a Montelusa, que vengan los de la Policía Científica, y avisa al juez Lo Bianco.

Mientras se duchaba, llegó a la conclusión de que el muerto tenía necesariamente que pertenecer a la *cosca*, la familia mafiosa, de los Cuffaro de Vigàta. Ocho meses atrás, probablemente como consecuencia de repartos territoriales, había estallado una encarnizada guerra entre los Cuffaro y los Sinagra de Fela; un muerto al mes, de manera alterna y sistemática: uno en Vigàta y otro en Fela. El último de ellos, un tal Mario Salino, había sido tiroteado en Fela por los vigateses, por lo que estaba claro que, esta vez, le había tocado a uno de los Cuffaro.

Antes de salir de casa —vivía solo en un pequeño chalet en la playa, al otro lado del aprisco—, sintió el deseo de llamar a Livia a Génova. Ella contestó de inmediato, medio adormilada.

—Perdona, quería oír tu voz.

—Estaba soñando contigo —le dijo ella—. Estabas conmigo.

Montalbano iba a decirle que él también había soñado con ella, pero se lo impidió un absurdo pudor. En su lugar, preguntó:

—¿Qué hacíamos?

—Lo que no hacemos desde hace demasiado tiempo —contestó ella.

En la comisaría, aparte del sargento, encontró sólo a tres agentes. Los demás estaban con el propietario de una tienda de ropa que le había pegado un tiro a su hermana a causa de una herencia y después se había largado. Abrió la puerta del calabozo. Los dos basureros estaban sentados en el banco, muy pegados el uno al otro y con el semblante pálido a pesar del sofocante calor.

—Esperadme, vuelvo enseguida —les dijo Montalbano.

Lo miraron resignados, sin molestarse en contestar. Era bien sabido que, cuando alguien se topaba con la ley por la razón que fuera, la cosa siempre iba para largo.

—¿Alguno de vosotros ha avisado a los periodistas? —preguntó el comisario a sus hombres.

Los agentes negaron con la cabeza.

—Mucho ojo, no quiero que estén a todas horas tocándome los cojones.

Galluzzo se adelantó tímidamente y levantó un dedo como si pidiera permiso para ir al retrete.

—¿Ni siquiera a mi cuñado?

El cuñado de Galluzzo era el periodista de *Televigàta* que llevaba la sección de sucesos, y Montalbano se imaginaba la trifulca familiar si Galluzzo no le decía nada. De hecho, Galluzzo lo miraba con expresión suplicante y desesperada.

—Bueno. Que vaya cuando se haya levantado el cadáver. Y sin fotografías.

Se fueron en el automóvil de servicio, dejando a Giallombardo de guardia. Conducía Gallo, quien, junto con Galluzzo, era aficionado a cuchufletas del tipo «Comisario, ¿qué se cuenta en el gallinero?», y Montalbano, que lo conocía muy bien, le advirtió:

—No hace falta que corras.

Pero, al llegar a la curva de la iglesia del Carmen, Peppe Gallo no pudo más, aceleró y derrapó. Sintieron un golpe seco, como un pistoletazo, y el coche patinó. Bajaron. El neumático posterior derecho colgaba reventado; habían estado trabajándolo un buen rato con una hoja muy afilada y los cortes se veían con toda claridad.

—¡Cabrones, hijos de la gran puta! —estalló el sargento.

Montalbano se enfadó en serio.

—Pero ¡si ya sabéis que una vez cada quince días nos rajan los neumáticos! ¡Maldita sea! Y eso que cada mañana os lo digo:

¡echadles un vistazo antes de salir! ¡Y a vosotros, en cambio, os importa una mierda, capullos! ¡Hasta que alguien se rompa la crisma!

Entre una cosa y otra, fueron necesarios diez minutos largos para cambiar la rueda y, cuando llegaron al aprisco, los de la Científica de Montelusa ya se encontraban en el lugar de los hechos. Estaban en la fase meditativa, como la llamaba Montalbano: es decir, cinco o seis agentes dando vueltas alrededor del coche, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos o en la espalda. Parecían filósofos enfrascados en profundos pensamientos, pero en realidad caminaban con los ojos muy abiertos, buscando en el suelo un indicio, un rastro, una huella. En cuanto Jacomuzzi, el jefe de la Científica, lo vio, corrió a su encuentro.

—¿Cómo es posible que no haya periodistas?

—Yo no he querido.

—Esta vez te van a pegar un tiro por hacerles perder una noticia de semejante calibre. —Jacomuzzi estaba visiblemente alterado—. ¿Sabes quién es el muerto?

—No. Dímelo tú.

—Es el ingeniero Silvio Luparello.

—¡Coño! —fue el comentario de Montalbano.

—¿Y sabes cómo ha muerto?

—No. Y tampoco quiero que me lo digas. Lo veré con mis propios ojos.

Jacomuzzi volvió junto a sus hombres, ofendido. El fotógrafo de la Científica ya había terminado y ahora le tocaba el turno al doctor Pasquano. Montalbano observó que el médico se veía obligado a trabajar en una postura incómoda, con medio cuerpo en el interior del vehículo, tratando de alcanzar el asiento del copiloto, en el que se entreveía una oscura silueta. Fazio y los agentes de Vigàta estaban echando una mano a sus compañeros de Montelusa. El comisario encendió un cigarrillo y se volvió para contemplar la fábrica de productos químicos. Aquellas ruinas lo fascinaban. Decidió volver un día, hacer unas fotos y enviárselas a Livia para explicarle, por medio de aquellas imágenes, ciertas cosas de sí mismo y de su tierra que ella todavía no lograba comprender.

Vio acercarse el coche del juez Lo Bianco, que descendió del vehículo muy alterado.

—¿De veras el muerto es el ingeniero Luparello?

Por lo visto, Jacomuzzi no había perdido el tiempo.

—Parece ser que sí.

El juez se reunió con el grupo de la Científica y se puso a conversar nerviosamente con Jacomuzzi y el doctor Pasquano, el cual había sacado de su maletín un frasco de alcohol y estaba desinfectándose las manos. Al cabo de un rato, suficiente como para que el sol achicharrara a Montalbano, los de la Científica subieron a su automóvil y se fueron. Al pasar por su lado, Jacomuzzi no lo saludó. Montalbano oyó apagarse a su espalda la sirena de una ambulancia. Ahora le correspondía el turno a él. Tenía que decir y hacer, no podría evitarlo. Se sacudió de encima el entumecimiento en el que estaba cociéndose a fuego lento y se encaminó hacia el coche del muerto. A medio camino, el juez le cortó el paso.

—Ya se puede levantar el cadáver. Dada la notoriedad del pobre ingeniero, cuanta más prisa nos demos, mejor. De todos modos, téngame diariamente al corriente de la marcha de la investigación. —Hizo una pausa para suavizar el carácter perentorio de las palabras que acababa de pronunciar, y añadió—: Llámeme cuando lo considere oportuno. —Otra pausa, y a continuación—: Siempre en horas de oficina, claro.

Se alejó. Llamarlo a su despacho y no a casa. En casa, todo el mundo lo sabía, el juez Lo Bianco se dedicaba a la redacción de un voluminoso ensayo: *Vida y obra de Rinaldo y Antonio Lo Bianco, maestros jurados de la Universidad de Girgenti en tiempos del rey Martín el Joven (1402-1409)*, a quienes él consideraba antepasados suyos, aunque muy lejanos.

—¿Cómo ha muerto? —le preguntó al médico.

—Véalo usted mismo —contestó Pasquano, apartándose a un lado.

Montalbano introdujo la cabeza en el vehículo, que parecía un horno (en aquel caso en concreto, crematorio); contempló por primera vez el cadáver y pensó de inmediato en el jefe superior de policía.

Pensó en él no porque soliera pensar en su superior jerárquico al comienzo de cada investigación, sino porque hacía diez días

había hablado con el viejo jefe superior Burlando —que era amigo suyo— de un libro de Ariès, *Historia de la muerte en Occidente*, que ambos habían leído. El jefe de policía había afirmado que todas las muertes, incluso las más humillantes, conservaban siempre cierto carácter sagrado. Montalbano le había replicado con toda sinceridad que en ninguna muerte, ni siquiera en la de un papa, conseguía ver nada que fuera sagrado.

Ahora habría querido tener a su lado al señor jefe de policía para que viera lo que él estaba viendo. El ingeniero había sido siempre un personaje elegante y extremadamente meticuloso en todo lo referente al cuidado de su aspecto, y ahora, en cambio, iba sin corbata y llevaba la camisa arrugada, las gafas de través, el cuello de la chaqueta incongruentemente medio levantado, y los calcetines tan caídos y aflojados que le cubrían los mocasines. Sin embargo, lo que más le llamó la atención al comisario fue la contemplación de los pantalones bajados hasta las rodillas, los blancos calzoncillos visibles bajo los pantalones, y la camisa enrollada junto con la camiseta hasta la mitad del pecho.

Y el sexo obscena e indecentemente al aire, grueso, velludo y en total contraste con los delicados rasgos del resto del cuerpo.

—Pero ¿cómo ha muerto? —volvió a preguntarle al médico, mientras se apartaba del coche.

—Es evidente, ¿no? —contestó Pasquano con grosería, y añadió—: ¿Sabía usted que el ingeniero había sido operado del corazón por un prestigioso especialista de Londres?

—Pues la verdad es que no. Lo vi el miércoles pasado en la televisión, y me pareció que gozaba de perfecta salud.

—Parecía, pero no era así. Mire, en política, todos son como los perros. En cuanto se enteran de que no puedes defenderte, te atacan a dentelladas. Por lo visto, en Londres le colocaron dos *bypass*, y dicen que fue muy complicado.

—¿Quién lo atendía en Montelusa?

—Mi colega Capuano. Cada semana se hacía un control. Se preocupaba mucho por su salud, quería estar siempre en forma.

—¿Le parece oportuno que hable con Capuano?

—No serviría absolutamente de nada. Lo que aquí ha ocurrido está más claro que el agua. Al pobre ingeniero le entró el capricho de echar un buen polvo en este paraje, tal vez con alguna puta exó-

tica. Lo echó y la palmó. —Pasquano se dio cuenta de que la mirada de Montalbano se había perdido en la distancia—. ¿No le convence?

—No.

—¿Por qué?

—La verdad es que ni yo mismo lo sé. ¿Tendrá la bondad de enviarme mañana el resultado de la autopsia?

—¿Mañana? ¡Usted está loco! Antes que al ingeniero, tengo a esa joven de veinte años violada en una alquería y que fue descubierta diez días más tarde comida por los perros. Después le toca a Fofò Greco, al que le cortaron la lengua y las pelotas y lo dejaron morir colgado de un árbol. Después viene...

Montalbano interrumpió la macabra lista.

—Hablemos claro, Pasquano, ¿cuándo me enviará el resultado?

—Pasado mañana, si no tengo que ir de aquí para allá a examinar otros muertos.

Ambos se despidieron. Después Montalbano llamó al sargento y a sus hombres, les dijo lo que tenían que hacer y cuándo podían permitir que introdujeran el cuerpo en la ambulancia, y le pidió a Gallo que lo acompañara de nuevo a la comisaría.

—Después vuelves y recoges a los demás. Y, como corras, te rompo los cuernos.

Pino y Saro firmaron la declaración en la que describían detalladamente todos sus movimientos antes y después del descubrimiento del cadáver. En la declaración faltaban dos hechos importantes que los basureros se habían guardado mucho de revelar a los representantes de la ley. El primero era que habían reconocido casi de inmediato al muerto, y el segundo, que se habían apresurado a comunicarle su descubrimiento al abogado Rizzo. Después regresaron a casa; Pino con los pensamientos en otra parte y Saro acariciando de vez en cuando el bolsillo en que guardaba el collar.

Durante veinticuatro horas, por lo menos, no ocurriría nada. Montalbano se fue por la tarde a su chalet, se tendió en la cama y se pasó tres horas durmiendo. Después se levantó y, puesto que a mediados de septiembre el mar estaba tan liso como una tabla, se dio un buen baño. Al regresar a su casa, se preparó un plato de es-

paguetis con erizos de mar y encendió el televisor. Como era de esperar, todos los informativos locales hablaban de la muerte del ingeniero; hacían los habituales elogios y, de vez en cuando, salía algún político con cara de circunstancias para recordar los méritos del difunto y los problemas que entrañaba su desaparición. Pero no hubo ni uno, ni siquiera el único telediario de la oposición, que se atreviera a decir de qué manera había muerto el malogrado Luparello.